

Les agradezco la invitación a este encuentro de historia y cultura para hacer algunos comentarios sobre el libro de Sara Ortelli: *Trama de una guerra conveniente: Nueva Vizcaya y la sombra de los apaches (1748-1790)*, editado por El Colegio de México el año pasado. Fue, originalmente, su tesis de doctorado y premiado como la mejor tesis de doctorado en ciencias sociales y humanidades en el año de 2003. Un libro con 260 páginas tamaño medio oficio, dividido en 7 capítulos y una conclusión. En la sección de agradecimientos estoy citado porque me tocó colaborar con algunos detalles del mismo.

Las sublevaciones indígenas en Chihuahua siguen siendo un tema actual y apasionante. Formaron parte de la historia de nuestro estado durante casi 3 siglos. Desde los primeros levantamientos de los acaxeos y xiximes que ocasionaron el despoblamiento de Santa Bárbara y las violentas sublevaciones tepehuanas que culminaron en Cacaria en 1616 hasta la muerte de Vitorio en Tres Castillos en 1880.

Sara analiza un periodo de poco menos de medio siglo, la segunda mitad del XVIII, en que grupos nómadas de kiowas, lipanos, jicarillas, mescaleros, chiricaguas y apaches de Arizona, conocidos todos como apaches, empezaron a emigrar hacia el sur de sus asentamientos originales en las praderas de Nuevo México. Fueron forzados a desplazarse por la emigración de grupos mas numerosos como sioux, cheyenes y comanches a las grandes praderas centrales del actual Estados Unidos. Iniciando sus incursiones a los asentamientos y rutas de españoles cometiendo grandes saqueos, especialmente al norte de la entonces villa de Chihuahua. Con una cuota adicional de vidas y daños ocasionados a los colonos y sus propiedades. El ganado de los mismos fue un excelente sustituto a su antigua caza de bisonte, incluso con ventajas. Los caballos y las mulas se convirtieron en un botín especialmente apreciado, ya que tenían

el atractivo de poder ser arreados a más altas velocidades que los vacunos, se podían vender a mejor precio, y servían tanto de alimento como de medio de transporte.

Son indudables los daños que la "guerra apache" ocasionó a la vida económica de la región: la disolución, por quiebra, del mayorazgo fundado por Valerio Cortes del Rey y la baja en el valor de las propiedades, por inseguridad, es amplísima. Desde la hacienda de Santa Rosa, en las afueras de Parral, hasta la Hacienda del Carmen en el actual municipio de Flores Magón. También abundan las propiedades rurales abandonadas. Debido a la quiebra de Manuel de Alfaro, la administración de la renta del tabaco ejecutó a sus fiadores: Juan Pablo y Francisco Alcalá Elorriaga. En 1792 este hace trámites para que le sean condonados los réditos de un adeudo de 2,000 pesos que pesan sobre su hacienda de Santa Catarina, localizada en los actuales límites entre Durango y Chihuahua, porque aunque fue sacada a remate no ha sido posible en 16 años encontrar comprador para la misma. La lista de muertos por ataques de indios enemigos es constante a lo largo de más de cien años. Prolongándose hasta casi todo el siglo XIX. Entre ellos la ocurrida a Pedro José Baca, con dos de sus hijas, en 1783 en el rancho de San José del Rincón, a una legua del real de San Diego de Minas Nuevas.

Las noticias sobre las guerras apaches en el norte novohispano fueron ampliamente divulgadas. Los informes de Hugo O'Connor y del obispo Pedro Tamarón y Romeral contribuyeron importantemente a difundir la idea de una guerra constante y generalizada, también de un supuesto estado de indefensión de sus colonos.

La autora trata un tema antiguo, sobre el que han corrido ríos de tinta, pero con un enfoque diferente a la historia oficial. Aporta información muy detallada que cuestiona, y hasta contradice, la historiografía basada en una visión de "buenos y malos". Aunque la guerra apache era una realidad y ocasionaba daños a vidas y propiedades; diversos

grupos e individuos trataron, y con frecuencia obtuvieron, ventajas de la situación generada por la misma. Encontramos gobernadores, capitanes de presidios, mineros, terratenientes, prestamistas, labradores, ganaderos, misioneros, comerciantes y funcionarios gubernamentales de todos los niveles, que magnificaron y exageraron su intensidad para obtener algún provecho económico o político. Se trató, pues, de una guerra conveniente para muchos. Ortelli hace un relato delicioso sobre una red de ladrones de ganado encabezados por Felipe Sáenz, un pariente pobretón de los poderosos José y Francisco Sáenz Moreno, que armó con su numerosa familia una extensa red de abigeato, aprovechando sus múltiples lazos de amistad, parentesco o compadrazgo. Abarcaban desde Santiago Papasquiario y Mapimí hasta las jurisdicciones de Parral, Santa Bárbara, Valle de San Bartolomé y Ciénega de los Olivos. Y cuyos productos eran vendidos, en Chihuahua o Cusihuirachi, a arrieros, mineros, carniceros y hasta a otros "respetables" criadores de ganado. No únicamente los apaches robaban ganado, abundaban las bandas de cuatreros integrados por tarahumaras, tepehuanes, mestizos, mulatos o "gente de razón" dedicados a la misma actividad.

Aunque se hace énfasis en José de Berroterán, capitán del Presido de San Francisco de Conchos, como el ejemplo del capitán presidial más ocupado en sus negocios que en defender la frontera. También José Francisco Ribota, Diego Borica, Joaquín de Amezqueta y Diego de Santa Marina deben figurar en ese listado. Disponían, en su provecho, de los soldados como peones, sirvientes, labradores o pastores. En 1725 los sueldos de los soldados presidiales fueron rebajados y se multiplicaron las deserciones. Fueron suplidos con vecinos sin entrenamiento militar alguno y abundaban los rengos, tuertos, tullidos, cojos, mancos, débiles visuales y hasta mentales. Así que una guerra de baja intensidad, debidamente magnificada, y una política de pacificación convenientemente administrada, permitía conservar los privilegios de que gozaban. Si

accedemos a que Leticia Reina nos ayude a clasificar las diversas rebeliones en Chihuahua - porque para muchos es demasiado marxista - las guerras apaches son solamente sublevaciones ya que no tenían conciencia social, no planteaban cambios radicales y casi su único objetivo es la subsistencia. En resumen: no deseaban sacudirse el yugo español, solo deseaban sacarle provecho.

La autora hace énfasis en que las incursiones de los apaches, un grupo lingüístico muy definido, se fue transformando en un modo de sublevación que emplearon otros grupos étnicos, de mestizos y hasta de "españoles". Al hacer referencia a ellos, en los documentos coloniales o decimonónicos, la expresión "enemigos apaches" se transformó rápidamente en "indios enemigos" o simplemente como "los bárbaros". La inserción de otros grupos étnicos en insurrecciones regionales no es una novedad. Entre los 19 arcabuceados en Papigochi en 1698, por sentencia del gobernador Gabriel del Castillo, a raíz del levantamiento tarahumara en esa región, encontramos a un mulato llamado Melchor que aparentemente encabezaba a un grupo de varios individuos con "sangre mezclada".

La doctora Sara Ortelli, con el presente libro, hace una aportación importante a la historiografía, no solo de Chihuahua, sino de todo el norte de México. Sara: Como uno más de los interesados en nuestra historia regional, te doy las más cumplidas gracias.